

Y el obispo, que más tarde debió de haberse convertido a la fe cristiana, como hacia el castillo de San Severo, y allí se edificó un cenobio, sacó el emperador Carlos del monasterio Anisteriense un virtuoso siervo de Jesucristo llamado *Donum Dei* para que fuese abad del convento y padre de los buenos religiosos que allí, siguiendo la regla de San Benito, debían pasar su vida preparándose para la gloria eterna.

Vivió el abad Don de Dios hasta el año 794, no sin pasar graves trabajos y aflicciones por los continuos insultos de los moros, pero recibiendo en cambio notables mercedes de Carlo Magno, ese famoso Hércules del cristianismo.

Luis el pio sucedió á su padre el emperador en su proteccion á San Cucufate. Fué este rey, dice Pujadas en su crónica, bienhechor del convento ampliando y estendiendo los favores y gracias que su padre Carlo Magno en tiempo de su fundacion le habia dado; y fué consolador de los trabajos que habia

III.

EL ABAD OTON.

ARRUINADO estaba en parte el castillo de Octaviano, cuando el famoso Carlo Magno al entrar segunda vez en Cataluña por los años de 785, acampó con su ejército en las ruinas de la que un dia fuera opulenta morada del romano César.

Enteróse allí del martirio glorioso de San Severo, y dijo que sitio santificado por la muerte de aquel mártir, sitio debía ser consagrado á la religion y á la fé cristiana.

Inmediatamente pues se pasó á edificar allí un cenobio, levantado el cual, sacó el emperador Carlos del monasterio Anisteriense un virtuoso siervo de Jesucristo llamado *Donum Dei* para que fuese abad del convento y padre de los buenos religiosos que allí, siguiendo la regla de San Benito, debían pasar su vida preparándose para la gloria eterna.

Vivió el abad Don de Dios hasta el año 794, no sin pasar graves trabajos y aflicciones por los continuos insultos de los moros, pero recibiendo en cambio notables mercedes de Carlo Magno, ese famoso Hércules del cristianismo.

Luis el pio sucedió á su padre el emperador en su proteccion á San Cucufate. Fué este rey, dice Pujadas en su crónica, bienhechor del convento ampliando y estendiendo los favores y gracias que su padre Carlo Magno en tiempo de su fundacion le habia dado; y fué consolador de los trabajos que habia

padecido en las rebeldias que cometieron los sarracenos contra la lealtad tantas veces prometida y mal guardada.

No solo hizo esto, sino que mandó engrandecer el monasterio, dotándole de otras mas posesiones, por lo cual no faltan cronistas que le citan como el fundador.

En este tiempo del rey Luis aun vivia el venerando abad Don de Dios, al cual sucedieron Antebaldo, Senofredo, Donadeo, Odargario, Odila, Don de Dios II, Guydiselo, Borrel, *Bonus Homo*, Ludovico, Guillelmo, Ponce y Juan.

Este último fué electo en 974, y todas las crónicas le citan como dechado por su modestia, mansedumbre y clemencia. Adquirió grandes riquezas y rentas para su convento, particularmente del conde Borrell de Barcelona que le dió todas las iglesias del monte de San Lorenzo.

En tiempo de este abad, los moros bajaron como un torrente á Cataluña apoderándose de Barcelona despues de haber derrotado el ejército de Borrell al pié de Moncada.

El pueblo de San Cucufate vió entrar un dia las huestes de Almanzor dando rugidos de venganza y blandiendo sus ensangrentadas lanzas. Débil el monasterio para resistirse, vió tambien derribadas sus puertas y escuchó los postreros gemidos del abad Juan y once monges que regaron con su sangre las gradas de los altares.

No tardó el conde Borrell, con ayuda de los nobles montañeses, á reconquistar Barcelona arrojando los moros de sus estados. Entonces los monges de San Cucufate que habian podido escapar á la matanza, eligieron por su abad á Oton, que habia vestido el hábito y profesado desde su juventud la regla de San Benito en dicho monasterio.

Oton reedificó la morada del Señor que á su paso habian destruido las agarenas huestes, y vistió el hábito, segun un analista, á muchos hijos de nobles padres instituyéndoles en las monjías y dignidades ú oficios de la casa.

Otro cronista dice que luego de esa reedificacion, poco á poco, por beneficio de muchos príncipes y limosnas de los fieles cristianos, y con la devocion á los santuarios de tan insigne templo, se fué aumentando el número de los monges hasta veinte y cinco de continua residencia, todos hijos de padres generosos, nobles y caballeros, ó ciudadanos honrados de Barcelona, que estos gozan de privilegio militar, y sin una de estas cualidades, ó de la del grado de doctor, añade, no se concede entrada en aquella ilustre congregacion y convento.

Ansioso Oton de no perdonar medio alguno de diligencia en favor de su

monasterio, partióse á Alemania donde estaba el emperador Lotario, y le suplicó que confirmase todas las gracias y privilegios que los reyes y emperadores sus antepasados habian concedido á San Cucufate: vista por Lotario la justa peticion del abad, otorgó al monasterio cuanto le pedia para la revalidacion de los títulos que le concedieran Carlos y Luis, y cualesquiera cristianos, con los términos y mojones que habia señalado al conde Suñer de Barcelona, cuyas escrituras y títulos se habian quemado y consumido en el incendio del monasterio por los moros.

Puede verse este privilegio en Pujadas que estenso lo traslada á sus páginas de la *crónica de Cataluña*.

Hecha por Lotario tan gran merced al abad Oton, volvió este á su monasterio, el que mandó fortificar con los muros y fuertes torres que hasta nuestros dias han llegado.

Elevado poco despues á obispo de Gerona, siguió en el gobierno de entrambas iglesias dejando fama de varon tan digno como justo.

Llegó en esto el dia en que el conde Don Ramon Borrell III decidió aquella tan atrevida cuando célebre expedicion á tierras de Andalucía, que refieren todas las historias. Creyó Oton que debía acompañar á su conde, no abandonándole en su arriesgada empresa. Trocó pues el báculo por la espada y partió con las huestes catalanas á guerrear contra los moros.

Famosa fué la batalla trabada ante los muros de Córdoba y en la que, tras de increíbles esfuerzos, la victoria coronó las banderas catalanas que allí como aliadas se habian presentado. Semejante triunfo abrió las puertas de los calabozos de Córdoba en que gemian millares de cautivos catalanes, pero tambien el condado de Urgel tuvo que recibir llorando á los soldados que regresaban conduciendo el cadáver de su conde Armengol, Barcelona vió entrar en su recinto el cuerpo de su difunto obispo Aecio, Vich lloró la muerte de su magnánimo prelado Arnulfo, y Gerona y San Cucufate celebraron solemnes exequias por su obispo y abad Oton.

Los tres prelados y el aguerrido conde habian muerto gloriosamente en la empresa.

Tuvo lugar esta batalla á 24 de junio de 1040.

Al partir Oton, habia nombrado por su sucesor en la abadía de San Cucufate á Witardo, que concluyó la fábrica del templo y empezó la del claustro, pero vióse obligado á suspender la obra por falta de recursos que hubo de procurarse vendiendo varias posesiones del monasterio al conde Don Ramon Borrell III y á su esposa Doña Ermesindis, los cuales se las compra-

ron en 25 onzas de oro con las que dió feliz término á la obra comenzada.

Los abades que se sucedieron cuidaron de conservar y mejorar el monasterio que tan dignos varones les habian legado, y al cual pocos son los que en antigüedad ceden. San Cucufate fué famoso en todos los paises donde se adoraba el nombre de Cristo, y peregrinos de todas clases y condiciones iban á visitar el santuario que, á mas de los restos de San Cucufate, bajo cuya advocacion se habia labrado, custodiaba los de otros muchos mártires.

IV.

UN MONUMENTO BIZANTINO.

El mas profundo silencio reina hoy dia en el abandonado monasterio. Acércase á él el viajero con aquella timidez, con aquella especie de religiosidad que infunden la grandeza en ruinas, la magnificencia en abandono, el santuario profanado.

Acaso mas que ningun otro edificio, merece San Cucufate que el viajero que allí encamina sus pasos se detenga á llorar sobre sus ruinas y á evocar sus santos, sus guerreros y sus gloriosos recuerdos.

Fué aquel el primer punto de España donde se conoció la imprenta, donde empezó á funcionar ese asombroso pensamiento de Guttemberg que, convertido en realidad, debia mas tarde proporcionar un tercer poder á los Estados libres.

Cataluña es rica en edificios bizantinos, pero el de San Cucufate se lleva la palma entre todos.

Arrojemos una ojeada sobre la fábrica que al desembocar en la plaza del pueblo se ofrece á nuestra vista, antes de penetrar en su interior.

Por la parte del mediodía preséntase el campanario en toda su pureza bizantina y deja ver buen trecho de su ápside también bizantino, pero no tan puro que no muestre ya algunas trazas del género gótico que lo alcanzaria en su construcción. Rodea el edificio una muralla almenada y flanqueada por torrecillas poligonales: un inmenso roseton, como ojo sin pupila, se abre en la fachada y asoma por encima de las almenas. Mas allá, destácase el enorme cimborio octógano que, como lujosa corona, muestra sobre su cabeza un torreon cuadrado que remata atrevidamente en una aguja de azulejo.

De un modo imponente y severo se desarrolla este monumento en su exterior. Diríase un castillo y es sin embargo solo una casa de penitencia.

Tome el viajero el camino del templo y atraviése el atrio en el fondo del que verá desplegarse el frontis de aquel en forma ojival. Este frontis es casi un anacronismo; cierta pesadez, cierta falta de elegancia, cierta indecision en las líneas revelan los primeros tiempos del arte gótico, pero lo que en detalle dice esto, en conjunto muestra que su autor se adelantó á su siglo revelando tendencias hácia una época mejor.

Bizantino es el templo. Donde quiera que se vuelva la vista, tropieza con líneas severas, con formas graves, llenas y majestuosas. El frío pensamiento del sacerdote domina allí en toda su estension: allí no se busque mas que majestad, misterio, severidad; allí no hay mas que la idea del rezo y de la meditación.

Como en los templos bizantinos no cabian las capillas, habilitóse la nave de la derecha para colocar en ella unos pobres altares del mas grosero barroquismo. En los de la izquierda sobre todo, las imágenes son de tan escaso mérito artístico, que bien dijo un amigo nuestro que solamente al que tuviera una fé sobrehumana podrian despertar el sentimiento de mística devoción.

Al entrar y á la derecha vimos un retablo gótico y un fronton bizantino que contienen figuras de un mérito artístico poco comun. Allí están ahora sin objeto y bien pudieran ser trasladadas á otro sitio donde mejor se pudiesen admirar y mejor se pudiese cuidar de su conservación.

El altar mayor del templo es una verdadera joya del arte gótico y si no aventaja al de la catedral de Barcelona en lo delicado, le sobrepuja en grandeza. En el centro se alza la imagen de San Cucufate bajo un airoso doselete.

Pobre la iglesia de sepuleros, solo uno ofrece al viajero como digno de ser examinado. En la nave lateral izquierda, junto á la puerta que abre paso al

claustro, se ve una elevada sepultura gótica sobre cuya urna yace tendida una figura con insignias abaciales, cobijada por un arco triangular entre dos agujas de cresteria. Esta figura indica ser aquella la última morada del abad Oton, del monje que supo un dia ir á lidiar por la patria y por la fé en lejano campo de batalla.

Hermoso y bello es el claustro, preciosas y ricas las labores de los ciento cuarenta capiteles de otras tantas columnas pareadas que sostienen los pesados arcos semicirculares. Los del corredor del mediodía presentan una singularidad: en los exteriores que miran al patio se observa que todos sus adornos son copias de vegetales, al paso que los interiores contienen figuras humanas y animales. En estos últimos se distinguen perfectamente varios pasajes de la historia sagrada y alguna tradicion vulgar en el pais, como la del famoso conde que mató al dragon alado sirviéndose de un escudo que tenia en su centro un gran espejo.

Pobre claustro bizantino! solo se halla hoy, desierto, sin que vea cruzar por bajo sus arcos al grave benedictino que murmurando un rezo se dirijia á la iglesia, falto de la amenidad y frescura que le darian las flores exhalando suaves perfumes, sin oír las aguas murmurantes que caian en la vasta concha, viendo solo crecer, pálidos recuerdos, algunos laureles centenarios que se levantan majestuosos, pero sombríos.

Qué suerte guarda la providencia en sus inescrutables designios á este rico monasterio?...

Oh! no permita el Señor que tan hermosa obra y tan lujosa fábrica, vea desmoronar una á una sus piedras bajo la azada indiscreta del obrero!

